

CUERPOS POLÍTICOS E IDENTIDADES PERFORMATIVAS:

Algunas pistas teóricas para abordar la noción de cuerpo.¹

Lucía Pérez Chabaneau²

Eje 2: Feminismos, movimientos de mujeres, activismos LGTTTIBQ y Estado: articulaciones, conflictos y desencuentros.

Palabras clave: cuerpo, performatividad, performance.

INTRODUCCIÓN

¿Qué significa hablar de y desde una sociología del cuerpo? El cuerpo es el nexo del hombre/mujer con la experiencia, a través de él se vuelve comprensible el mundo. Es un espacio de sentido sobre el que se impregnan significaciones históricas y sociales que delinean la acción de las personas. Los procesos por los cuales el cuerpo se va construyendo como campo analítico implicaron superar algunas de las barreras impuestas por la interpretación binómica del individuo (cuerpo/alma) que, si bien puede tener utilidades prácticas de sistematización, separa al individuo y deja al cuerpo sólo como un recipiente contenedor de un alma trascendental. Así, el cuerpo queda doblegado al lugar de limitante de una realización trascendental de la persona. Los esfuerzos de una sociología del cuerpo radican, justamente en la comprensión de lo corporal como algo que engloba al individuo a la vez que lo constituye como tal y no sólo como mero envase.

Se plantean exigencias de nuevas representaciones sociales sobre el cuerpo, sus usos y significaciones que impliquen considerarlo como un ámbito en sí mismo de experiencia y, por lo tanto, político y politizable. Sobre esta argumentación es que los movimientos de liberación feminista y de LGBTIQs construyen su demanda de una ciudadanía sexual más equitativa y democrática. La ciudadanía implica el pasaje del ámbito de la necesidad al ámbito de los derechos; este pasaje sólo pudo darse gracias a las discusiones sobre el cuerpo y los diferentes procesos por los que este concepto ha pasado a lo largo de sus diferentes construcciones históricas. Ciudadanía es un proceso de construcción social sobre el que se generan acuerdos (o desacuerdos), pero es en función de colocar las demandas en el espacio público como se conforman las agendas políticas que posteriormente se transformarán en derechos.

“El cuerpo hace, así, su entrada triunfal en la investigación de las ciencias sociales: Baudrillard, Foucault, Elías, Bourdieu, Goffman [...] por ejemplo, encuentran, por los caminos que recorren, los usos físicos, la representación y la simbología de un cuerpo que hace para merecer cada vez más la atención entusiasmada del dominio social” (Le Breton, 2006, p. 12).

¹ Este artículo fue elaborado a partir de los insumos aportados en mi tesis de maestría “Corpos políticos e identidades performativas: uma análise do conceito de corpo nos protestos de rua do movimento feminista e da diversidade sexual no Uruguai” (IESP-UERJ, 2013).

² Magíster en Sociología por el Instituto de Estudos Sociais e Políticos da Universidade Estadual do Rio de Janeiro (IESP-UERJ). Licenciada en Sociología por la Facultad de Ciencias Sociales- UdelaR. Docente e investigadora de la FCS-UdelaR | lucia.perez@cienciassociales.edu.uy

Los esfuerzos de estos teóricos que van delimitando el campo de una sociología del cuerpo, se concentran en hallar los rastros evidentes de la modernidad en los cuerpos que la viven y experimentan. La “utilidad” del cuerpo en las distintas épocas, sus relaciones con el control político y con la economía, así como con otras esferas de la vida cotidiana, hacen que éste se vincule de un modo particular con la modernidad y sus diferentes etapas en la historia.

Por su condición histórica, el cuerpo no debe entenderse como una categoría inmutable y rígida, sino todo lo contrario. El desafío consiste en realizar una epistemología del cuerpo que permita desentrañar sus configuraciones temporales y sus trayectorias sociales que lo configuran y moldean. El cuerpo existe en tanto materialidad, en función de las construcciones que de él se hacen y, por tanto, debemos analizarlo e interpretarlo en su historicidad y ambigüedad. Son más las interrogantes que se plantan que las respuestas a este respecto, pero es justamente en esa vaguedad de la construcción del término y en sus representaciones prácticas que radica la riqueza de su estudio. “*Cada comunidad humana elabora su propio repertorio sensorial como un universo de sentido*” (Le Breton, 2006, p. 55). Ese repertorio se constituye en una herramienta práctica cotidiana sobre la que se basa la interacción cotidiana entre personas (entre cuerpos). Esta noción del cuerpo como una construcción nos ayuda a pensar y a enmarcar la acción social como una performance, no sólo en sentido de actuación, sino también como una dimensión semiótica del lenguaje, creadora de identidades y de prácticas. El cuerpo, nuestros cuerpos son materiales en la medida en que son susceptibles de ser puestos en un discurso como sujetos o como objetos del mismo. Los cuerpos son performativos en tanto creables, manipulables, domesticables, pero también un ámbito de resistencia y de reivindicación.

En las próximas líneas proponemos pensar la noción de cuerpo a partir de los conceptos de performance y de performatividad con el fin de que abonen el análisis de las protestas de calle que tienen al cuerpo como el sujeto de la demanda.

1. EL “DRAMA DE LA VIDA COTIDIANA”: LA SOCIOLOGÍA DE ERVING GOFFMAN

La microsociología de Goffman se ha ocupado del análisis de la interacción social (cara a cara) en tanto actuación. La metáfora escogida por el autor para desarrollar su trabajo es la dramaturgia, realizando una comparación de la vida social con la vida en escena en el teatro. Las actuaciones en tanto performances de la interacción son concebidas como rituales de acción que permiten la creación de un sentido de la realidad compartida por el tiempo que dure dicho intercambio (Caballero, 1998, p. 27). El rito permite la creación de un sistema de símbolos, cargados de moralidad que provocan la situación de realidad en la que los actores se encuentran inmersos, lo que permite la reproducción y el mantenimiento de esa realidad. Se crea así una especie de complicidad entre los actores que son parte de un mismo escenario de interacción, donde uno ajusta su papel al ser representado ante otros y, los *otros* se transforman en el auditorio receptor de tal actuación.

Claramente influenciado por la sociología de Emile Durkheim, Goffman coloca el énfasis en la ritualidad como dispositivos de socialización para la acción social. Es en la repetición del ritual donde se resuelven los procesos de acomodamiento y adaptación de los actores, dotándolos de un conocimiento fundamental para el desempeño del rol en la

vida cotidiana. El rito posee una coercitividad que es la que orienta y limita el accionar del individuo y le permite ajustar su performance a las expectativas de los demás presentes. En este sentido, las prácticas sociales de los individuos son internalizadas e introyectadas, generando un acervo en las personas para futuras actuaciones. “... *los participantes contribuyen a una sola definición total de la situación, que implica no tanto un acuerdo real de lo que existe sino más bien un acuerdo real sobre cuáles serán las demandas temporariamente aceptadas (las demandas de quiénes y concernientemente a qué problemas)*” (Goffman, 1989, p.21).

Preocupado por el orden de la interacción, Goffman busca en la estructura de la experiencia individual, en la vida cotidiana (social), los mecanismos por los cuales se construye el *yo* en la interacción (Joseph, 1998). Ese *yo* es construido en la interacción con los *otros*, en la medida en que se define la situación como consecuencia de ese intercambio. Una visión similar de este aspecto es la de George Herbert Mead, que trabajaremos más adelante con la idea del “otro generalizado” como un aporte esencial para el desenvolvimiento de una retórica de derechos en los movimientos sociales.

La influencia recíproca de los individuos en la interacción cara a cara descansa en el principio simmeliano de la acción recíproca, que no necesariamente conlleva una simetría de los interactuantes en relación al poder que cada uno de ellos posea en la actuación (Joseph, 1998). Todos los participantes de una determinada performance colaboran con la definición de la situación por más pasivos que éstos sean. El desequilibrio en el proceso comunicacional es parte de todos los contextos de interacción y es, también, lo que habilita un cierto margen de maleabilidad en el manejo de las impresiones.

Sea cual sea el tipo de situación definida estará cargada de un contenido moral que está presente en toda interacción. La exigencia moral obliga a que las actuaciones de los actores busquen adaptarse a las expectativas de los otros. De acuerdo con Goffman, la actuación se define como el acto de convencer a un público de una representación (Goffman, 1989, p. 29). En *La presentación del yo en la vida cotidiana* [1969] (1989) el autor realiza una descripción fenomenológica de la actuación, sus características y sus consecuencias en la definición del *yo* actuante, por un lado, y el cumplimiento de las expectativas sociales, por otro. La expresividad cobra en esta interpretación una significancia primordial, ya que en ella se encuentra la destreza del individuo para provocar las impresiones que éste quiere dar. Sin embargo, el análisis de Goffman no se concentra en los motivos que conducen a la acción (como lo hace Max Weber), sino en las consecuencias que la misma genera en los otros. De esta forma, el individuo-actor es capaz de transmitir una información falsa para dar la impresión deseada en su afán de obtener las respuestas deseadas por los demás.

El manejo del control expresivo es clave en la performance del individuo ya que éste despliega en escena una serie de técnicas para guardar las impresiones y así salvar las contingencias propias de la interacción.

“... *los participantes contribuyen a una sola definición total de la situación, que implica no tanto un acuerdo real de lo que existe sino más bien un acuerdo real sobre cuáles serán las demandas temporariamente aceptadas (las demandas de quiénes y concernientemente a qué problemas)*” (Goffman, 1989, p. 21).

La obra de Goffman se centra, precisamente, en el análisis de esas técnicas empleadas por los actores. Como decíamos más arriba, la rutinización de las prácticas es lo que le

permite a los individuos contar con un cierto bagaje para desempeñarse en la actuación, no obstante, existe un esfuerzo permanente por ocultar ese carácter rutinario y acentuar lo espontáneo de la performance ante el público. La rutina –por la misma naturaleza del término– tiende a reproducir los valores oficialmente aceptados por una sociedad en una ceremonia de reafirmación de la comunidad, aunque los esfuerzos estén centrados en esconder la conformidad a las normas y valores de la misma (Goffman, 1989).

El drama como contexto de interacción implica la delimitación de dos regiones de acción: la escena y las bambalinas (Joseph, 1998). Otra vez, el actor divide en dos momentos su performance: la representación y la preparación de la misma. La fachada es *“la parte de la actuación del individuo que funciona [...] a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha actuación. La fachada, entonces, es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación”* (Goffman, 1989, p. 34). La fachada se convierte en una representación colectiva y como tal, adquiere un sentido empírico que oscila entre la realidad y el artificio. Existen dos tipos de fachada: la social, relativa al contexto en el que se desempeña el rol y la personal, aquella que refiere a la apariencia del actor y su manera de ejercer tal rol. Es importante destacar que en la dramatización puede perderse el control expresivo por algún imprevisto físico o mismo por colocar demostrar demasiada o escasa preocupación por la propia acción.

En *Frame Analysis* (1974) Goffman aporta una innovadora conceptualización sobre cómo las personas organizamos la experiencia a través de diversos marcos interpretativos que permiten encuadrar nuestras vivencias de lo real. A partir de estos marcos es que podemos percibir, interpretar y comprender la realidad que nos circunda y darle un sentido. Estos encuadres están basados en un sistema de símbolos compartidos en el que los actores capitalizan sus experiencias y logran estructurar y jerarquizar la realidad para poder “actuarla”. La noción de marcos interpretativos resulta muy útil para el estudio de los movimientos sociales, ya que, los miembros de estos colectivos poseen esquemas de interpretación de la realidad similares o compartidos de manera tal que les permite aportar la dosis necesaria e indispensable de coherencia expresiva para llevar adelante sus proyectos reivindicativos. La existencia de encuadres interpretativos permite la identificación del yo en la situación, así, los actores involucrados se encuentran en un proceso de autoidentificación, a la vez que reconocen la existencia de los otros; lo que podríamos llamar la impronta identitaria del encuadramiento.

Los marcos interpretativos pueden romperse de la misma forma que una actuación común y corriente si alguno de sus participantes rasgara las líneas acordadas de la representación; de igual manera algún suceso inesperado podría cortar el clima generado a partir de ese encuadramiento. Esto es clave a la hora de llevar adelante una protesta callejera, entendida como una performance colectiva, ya que los manifestantes están sujetos a una cantidad de eventualidades (contramanifestación, presencia de autoridades policiales, inclemencias del tiempo, etc.) que podrían terminar con la actuación.

Los aportes de Goffman para la interpretación de la vida cotidiana han sido de gran valor para la sociología, aunque mucho se lo ha criticado por no preocuparse por las consecuencias macroestructurales de dicha interacción (Caballero, 1998, p. 140). No obstante, su lectura de la realidad social representa un mojón fundamental para el análisis performativo de la acción social. Las posteriores teorías que reflexionan sobre

el cuerpo y su respectiva performatividad se han nutrido ampliamente de la original visión del mundo del autor. A continuación plantearemos algunas de las principales objeciones que se le han realizado.

2. A UN PASO MÁS DE LA TEATRALIDAD: LA PERFORMATIVIDAD DE JUDITH BUTLER

La obra de Butler es, sin duda, una obra fronteriza; transcurre en las aguas de la filosofía posestructuralista de Michel Foucault y la lingüística de John Austin como núcleos centrales. Preocupada y ocupada por entender los supuestos básicos sobre los que la sociedad occidental organiza los pensamientos, las conceptualizaciones y las experiencias de nuestros cuerpos como sujetos sexuados, intenta dislocar las definiciones “<naturalizadas>” que se presentan como máximas. Ferviente lectora y crítica de Simone de Beauvoir, Butler inicia un largo camino a partir de la pregunta *¿qué significa ser mujer?*, interrogante que abre un sinfín de opciones de análisis de interpretación y reinterpretación de las posibilidades culturales del género como un proceso activo y contante (Femenías, 2003). Cuestiona la concepción de género como un repertorio cultural de opciones que conllevan la adopción de habilidades corporales y cognitivas para el desempeño femenino. Butler encuentra este razonamiento de Beauvoir un razonamiento tautológico puesto que, si estamos culturalmente “generizados”: ¿desde qué lugar es que podemos elegir nuestro género?, ¿cómo llegamos, entonces, *al mujer no se nace, mujer se hace?* Si nuestros géneros poseen una correspondencia específica con nuestros cuerpos (sexuados), el grado de elegibilidad queda subsumido a una configuración prelingüística que nos devuelve al dilema ontológico del ser. “*Estas y otras críticas [...] llevan a Butler a abandonar la noción de género-mujer, como un modo contemporáneo de organización de normas culturales pasadas y futuras...*” (Femenías, 2003, p. 23).

En *El género en disputa* [1991] (2001) la autora cuestiona la aceptación de la categoría género como una realidad cultural y avanza en la noción de que el *ser mujer* o el *ser hombre* responde a una naturalización del género como acto realizativo o performativo. En esta obra la autora delinea con brillantez los caminos recorridos por el feminismo, aguzando la mirada sobre el género como núcleo duro de toda la teoría feminista. Así, señala que el feminismo ha idealizado ciertas expresiones de género que no contribuyen a una crítica política real de las sociedades en las que vivimos. De alguna manera, el binarismo planteado por una terminología “generizada” (femenino/masculino) no rompe con los discursos de poder encerrados en este halo heteronormativo. Continúan, más allá de los avances en materia política a los que ha contribuido el feminismo clásico, en una normatividad heterosexual que produce y reproduce esta interpretación del género.

“*El empeño obstinado por ‘desnaturalizar’ el género surge, creo, del deseo intenso de contrarrestar la violencia normativa que traen consigo las morfologías ideales del sexo, así como de desarraigar las suposiciones dominantes acerca de la heterosexualidad natural o presunta que se fundan en los discursos ordinarios y académicos sobre la sexualidad*” (Butler, 2001, p. 20).

Tanto género como sexo son categorías reguladoras de lo sexual, son interiorizaciones normativas que se instalan en los cuerpos a través de los discursos públicos y sociales

que son la superficie política del cuerpo (Femenías, 2006, p. 26). La propuesta teórica de Butler no defiende un sujeto universal abstracto —como lo hace el feminismo—, desvinculado de la materialidad del cuerpo, sino que propone un sujeto localizado y performativo producto del lenguaje y no previo a éste. Toma de Julia Kristeva la dimensión semiótica del lenguaje como acto de significación y de identificación de los cuerpos. Los cuerpos son, existen, en la medida en que son discursivos y reiteraciones de este.

“Me propuse demostrar que el acto discursivo es a la vez algo ejecutado [performed] (y por lo tanto teatral, que se presenta a un público, a un sujeto a interpelación), y lingüístico, que induce un conjunto de efectos mediante su relación implícita con las convenciones lingüísticas [...] el discurso mismo es un acto corporal con consecuencias lingüísticas específicas...” (Butler, 2001, p. 24).

La performatividad de Butler es más que una teatralización, implica un acto de repetición exhaustivo de las normas. Como en Goffman, también hay una producción ritual de las formas legitimadoras de lo sexual que imprime significados y estándares socialmente aceptados. Sin embargo, esta performatividad es un acto político en sí mismo, capaz de romper con los contextos lingüísticos anteriores y proponer alternativas nuevas. En este sentido, los actos performativos poseen capacidad de agencia en sí mismos como un ejercicio de contrapoder no intrínseco a los sujetos, sino como una práctica que éstos pueden realizar a partir de la rearticulación y resignificación permanente de las modalidades del poder. La contingencia es el lugar donde habita el sujeto, pero es en la capacidad de agencia del acto performativo que puede trazar sus líneas reivindicativas no-hegemónicas para resignificar su propia identidad. La performatividad es entendida por Butler *“no como acto singular y deliberado, sino antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra”* (Butler, 2008, p. 18). Digamos que en este movimiento fronterizo de construcción de identidad se arma el puzzle de la representación, no sólo de lo que se quiere representar en la protesta, sino en la representación de “sí mismo” que los miembros de los colectivos hacen.

En *Cuerpos que importan* [1993] (2008) la autora profundiza su interés por la materialidad del cuerpo como productos del pensamiento. En esta obra Butler se pregunta si los cuerpos son sólo productos fijos de la performatividad en tanto actividad de reiteración o si existe algún otro movimiento fronterizo que los defina y establezca como tales. Ciertamente es una ardua tarea la de intentar definir qué es un cuerpo y cómo éste se constituye y reproduce, más aún teniendo en cuenta que Butler reformula a partir de las críticas de sus colegas el concepto mismo de performatividad. En el prefacio señala que la performatividad no es una característica del género porque, si lo fuera, sería un sujeto voluntarioso que elige todos los días los que es, al cambiar, por ejemplo, su guardarropa. Se interroga Butler:

“... si no hay tal sujeto que decide sobre su género y si, por el contrario, el género es parte de lo que determina al sujeto, ¿cómo podría formularse un proyecto que preserve las prácticas de género como los sitios de la instancia crítica? [...] si el género no es un artificio que pueda adoptarse o rechazarse a voluntad y, por lo tanto, no es un efecto de la elección, ¿cómo podríamos comprender la condición constitutiva y compulsiva de las normas de género sin caer en la trampa del determinismo cultural?” (Butler, 2008, p.13).

Los cuerpos, entonces, se inscriben dentro de un movimiento de construcción, es en la experiencia donde éstos logran concretarse y materializarse, no estando nunca ajenos a las dinámicas de poder que en ellos se despliegan. No obstante, la construcción a la cual se refiere no posee el mismo significado que para la teoría clásica del feminismo; esta última acepta la existencia de un sexo prediscursivo que actúa como punto de referencia y enaltece la idea de una “genericidad” culturalmente creada (Butler, 2008, p.14).

¿Qué lugar queda, entonces, para la crítica? Ya Foucault sostenía la existencia de un “ideal regulatorio” en la sexualidad, esta idea de que el sexo es intrínsecamente normativo y disciplinario. Si bien este movimiento reiterativo es lo que habilita la materialidad de los cuerpos, éstos últimos nunca acatan por completo las normas mediante las cuales se impone esa materialidad. Es en este espacio de contingencia abierto donde se vincula la materialidad del cuerpo y la performatividad del género como ámbito alternativo de construcción de lo que Butler llama lo “abyecto”; esto es aquellos cuerpos que se inscriben por fuera de los discursos hegemónicos (Femenías, 2003). La materialidad es concebida como el efecto más capitalizado del poder, es en su discursividad normativa que se hacen inteligibles y materializables.

El objetivo de Butler de entender de qué se trata la materialidad de los cuerpos conlleva un esfuerzo epistemológico de deconstrucción, de alguna manera despojarse del término para reapropiarlo con otras finalidades políticas. Abrir allí un espacio crítico que permita nuevas posibilidades para que “los cuerpos importen de otro modo” (Butler, 2008, p.57). Problematizar la materialidad del cuerpo inicia un proceso de significación, en el sentido de que éste *importe* y se haga *inteligible*, en un doble movimiento: materializar y significar. “*La materialidad existe en la medida en que está investida de poder*” (Foucault, 1975), lo que quiere decir que es el efecto disimulado del poder. La materialidad es sólo visible cuando se oculta porque se señala el espacio de la contingencia desde la que es generada a través del discurso. Los discursos están alojados en los cuerpos, son portados por éstos como partes constitutivas, así, la materialidad de los cuerpos está históricamente determinada y permeada por los discursos hegemónicos sobre el sexo y la sexualidad.

La propuesta de Judith Butler es, sin duda, una propuesta controvertida y profundamente contingente. Se trata de revisar las construcciones discursivas hechas sobre nuestros cuerpos –algo tan enteramente naturalizado y, por ello mismo, tan complejo de realizar–. Es un intento, pues, de un esfuerzo por delimitar las zonas invisibles de lo “abyecto”, de lo inhabitable para trazar nuevos contornos de lo político, rasgar los procesos por los cuales los sujetos asumen una norma corporal en la identificación de sí mismo. La labor de la autora representa un esfuerzo político, curiosamente, por politizar ciertos lugares de lo social que han quedado eternamente relegados en el espacio democrático. A los efectos de este trabajo las ideas que dispara Butler permiten pensar desde otro lugar nuestras prácticas y nuestros discursos sobre los cuerpos. Nos proponemos en el apartado siguiente señalar algunas de las zonas más cuestionadas de la teoría de la performatividad de Judith Butler.

3. REFLEXIONES FINALES

En las páginas anteriores de problematizamos el concepto de cuerpo en su dimensión performativa a la vez que como objeto y sujeto, con la intención de construir un marco

conceptual que permitiera abordar las demandas de los movimientos feministas y LGBTIQs, plasmadas en sus protestas de calle.

Sostuvimos que en el acto mismo de la protesta ha de desenvolverse un proceso de exposición de las demandas a través de una teatralización que tiene a los cuerpos como protagonistas. En términos de Goffman hay una puesta en escena, una presentación del yo en cada representación. Esto corresponde a la parte visible del componente de la protesta, pero existen dinámicas que no quedan plasmadas de forma manifiesta pero que también contribuyen a la edificación del colectivo. Nos referimos a la performatividad como ese movimiento que permite la inteligibilidad de los cuerpos como productos del discurso, reconociendo la capacidad del lenguaje de materializarlos y crear *zonas visibles* de lo considerado invisible u ocultable. Se trata de rescatar los saberes abyectos en pos de una alternativa política más inclusiva.

El cuerpo tiene, entonces, una dimensión discursiva además de que es considerado una herramienta objetiva de la protesta en su maleabilidad. El cuerpo puede ser tanto parte de la puesta en escena y comprender las estrategias de mantenimiento del control expresivo en la protesta, como también es, en sí mismo, el proceso de identificación del que nos habla Butler. Desde esta perspectiva más radical, la concepción de cuerpo pasa a ser no sólo una construcción-deconstrucción individual, sino también colectiva. La referencia al “otro generalizado” es la que habilita que un contexto de necesidades se transforme en un marco de derechos exigibles por los colectivos.

Pensar los cuerpos desde su impronta performativa nos permite visualizar la complejidad a la que nos enfrentamos cuando navegamos las aguas de la ciudadanía en general y de la ciudadanía sexual en particular. Cuando es el cuerpo el sujeto de la acción política estamos ante una infinidad de conceptualizaciones y representaciones socialmente construidas que, muchas veces, dificultan el acceso a algunos derechos por una parte importante de la ciudadanía. Situarnos desde la capacidad performativa de los cuerpos (y por tanto de las identidades) coadyuva a pensar ya no en términos binarios limitantes, sino en alternativas identitarias válidas que requieren de una discursividad y una materialidad diferente para que puedan expresarse diversas subjetividades.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, Jeffrey (1997) Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional. España, Gedisa.

ALEXANDER, Jeffrey (2011) Performance and Power. Polity Press. England, Cambridge: United Kingdom.

BUTLER, Judith (1990) El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Argentina, Buenos Aires: Paidós.

BUTLER, Judith (2008) Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo". Buenos Aires, Paidós.

CABALLERO, Juan José (1998) La interacción social en Goffman. Revista Reis n°83, pp.121-149.

FEMENÍAS, María Luisa (2003) Judith Butler (1956) España, Madrid: Biblioteca de Mujeres, Ediciones Del Orto

FOUCAULT, Michel (1975) Vigiar e punir. Francia, Paris: Gallimard.

FOUCAULT, Michel (1977) (1996) Historia de la sexualidad, tomo I: La voluntad de saber. España, Madrid: Siglo XXI.

FOUCAULT, Michel [1979] (2007) Nacimiento de la biopolítica. Argentina, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, Michel (1980) Microfísica del Poder. España, Madrid: Gedisa.

FOUCAULT, Michel [1984] (1996) Historia de la sexualidad, tomo II: El uso de los placeres. España, Madrid: Siglo XXI.

FOUCAULT, Michel [1987] (1996) Historia de la sexualidad, tomo III: La inquietud de sí. España, Madrid: Siglo XXI.

GIDDENS, Anthony (1993) Consecuencias de la Modernidad. España, Madrid: Alianza.

GIDDENS, Anthony (1995) La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas. España, Madrid: Cátedra Ediciones.

GIDDENS, Anthony (1995) Modernidad e Identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea. España, Barcelona: Ediciones Península.

GOFFMAN, Erving [1963] (1972) Realitions in public places. United Sates, New York: Harper and Row Publishers.

GOFFMAN, Erving [1974] Frame Analysis. An essay on the organization of experience. United States, New York: Harper and Row.

GOFFMAN, Erving [1959] (1989) La presentación de la persona en la vida cotidiana. Argentina, Buenos Aires: Amorrortu Editores.

GOFFMAN, Erving [1963] (2006) Estigma: la identidad deteriorada. Argentina, Buenos Aires: Amorrortu.

GOULDNER, Alvin (1970) The coming crisis of western sociology. England, London: Heinemann.

JOSEPH, Isaac (1998) Erving Goffman y la microsociología. España, Madrid: Gedisa.

LE BRETON, David (2006) A sociologia do corpo. Brasil, Rio de Janeiro: Vozes.